

¿Queréis tener buena educación?

La cortesía española es tradicional. Pero... ¿no nos olvidamos a veces de la deferencia y consideración que debemos al prójimo, incurriendo en faltas de educación, incluso pequeñas groserías? Mirad si los defectos que os ponemos más abajo no son los vuestros. Quizá diréis que se trata de cosas insignificantes, sin importancia y que el ritmo de la vida moderna no permite aquellas exageradas ceremonias de las cortes de antaño, pero a eso hay que advertir que la atención hacia los que nos rodean, las buenas maneras son las que imprimen a la vida social un sello de afabilidad y cortesía —complemento de la caridad— y que siempre hay tiempo para un gesto amable, una palabra cordial. Recordemos la frase que solía repetir la emperatriz Josefina, cuyo agradable trato cautivaba a la corte de Napoleón: "Para encontrar amable a la gente, es indispensable serlo uno mismo."

(Dibujos de José Luis Picardo)



Si tenéis citada a una persona, si debéis acudir a un sitio a una hora determinada, sed puntuales. La persona con quien vamos a entrevistarnos puede tener muchas ocupaciones, y la larga espera le produciría un gran trastorno, además de la descortesía que ello supone.



Nada tan desagradable para el aficionado al cine como el tener que soportar la conversación —generalmente en tono agudo— de sus vecinos de derecha o izquierda. Y si, además, quien está a su lado es de los que se creen obligados a leer los letreros en alta voz (en atención, sin duda, a los analfabetos) sólo le resta renunciar a disfrutar de la película.



Los españoles tenemos fama de hablar a gritos. En efecto, al entrar en un establecimiento público se percibe un ruido de voces ensordecedor. Acostumbrados a hablar en tono bajo, siempre. Una mujer con voz discordante pierde toda su feminidad, así como uno de sus mayores encantos reside en un metal de voz suave y dulce. Esto se adquiere fácilmente: es sólo cuestión de una pequeña disciplina.



¿Por qué reparar siempre en lo que está deficiente y nunca en lo que está bien? ¿Por qué decir a un amigo la crítica desagradable, en vez de guardar silencio, por lo menos, si no compartimos su opinión?



A juzgar por los empujones que reparten algunas personas a diestro y siniestro a la salida de la iglesia o de otro sitio concurrido, se creería que su casa estaba ardiendo o que, de tardar un minuto más en salir, iban a perder el tren. Mas después de atropellar a todo el que tienen delante puede vérselas paradas tranquilamente en la acera contemplando la salida de los demás.



Puede decirse que al espectador, de buena fe que asiste a una función teatral le es sumamente difícil seguir el desarrollo del primer acto. La entrada, generalmente ruidosa, de los que llegan tarde (la mayoría), y el tener que levantarse constantemente de su butaca para dejar paso, hace que sólo a partir del segundo acto puede el espectador dedicar su atención a la representación.



Ciertamente que hay días en que todo sale mal y se amontonan las contrariedades. Pero los demás no tienen la culpa y ¿por qué imponerles el espectáculo de vuestro mal humor? Procurad disciplinar vuestros nervios, dominar vuestro disgusto y ya veréis cómo con sólo ese pequeño esfuerzo las cosas desagradables parece que pierden la importancia que se les había concedido al principio.



En los tiempos antiguos el punto más importante de la educación de la juventud era el respeto a las personas de edad. Hoy día esa simpática costumbre está casi olvidada, y sin embargo, nada más propio de una joven que la deferencia hacia las personas de respeto. Una muchacha o una señora joven que se levanta al ver a una señora mayor entrar en el cuarto, que le cede su sitio o tiene para ella un acto de cortesía, se hace acreedora a la simpatía de cuantos la rodean.



Si se nos preguntara dónde puede juzgarse mejor de la educación de una persona, diríamos, sin titubear, que en la mesa. El comer con la máxima pulcritud y corrección, el saber utilizar adecuadamente los distintos cubiertos, son detalles indispensables en un acto donde los modales irreprochables —mejor diríamos exquisitos— son primordiales.



Váis a pasar por una puerta al mismo tiempo que otras personas: debéis apartaros para dejar pasar a quien o quienes os acompañan. Entráis o salís de una habitación o local cerrado: una vez hayáis pasado, no os olvidéis de cerrar la puerta. Esos son los detalles que nos «clasifican» en el ánimo de los que nos rodean.



Si una persona está diciendo algo, una cortesía mínima os obliga a escucharla, sin interrumpirla, hasta que acabe de hablar. ¿Que vosotras también queréis decir algo y lo que ella cuenta no os interesa? Quizá; pero, probablemente, lo que vosotras estáis tan impacientes por decir no le interesaría a ella tampoco.



Una carta tiene siempre contestación, y es falta de educación no darla. Asimismo, si recibimos alguna invitación, debemos contestar cuanto antes, sea para aceptar o excusarnos. La persona que ha tenido la atención de convidarnos, lo menos que se merece es saber si podrá contar con nosotros, y así se lo haremos saber a fin de no causarle un trastorno.